ERNESTO SABATO
O LA HISTORIA DE UNA PASION

POR

ANGELA DELLEPIANE

Es muy significativo que los tres escritores más representativos de las letras argentinas en el presente siglo —Borges, Sábato y Cortázar— hayan coincidido en los géneros en los cuales han escrito su obra, particularmente en lo que se refiere a la prosa. Y aún más: que, en el ensayo, los tres hayan producido formas inéditas —en la América hispana— de expresar sus ideas ya que es bien sabido cuán *sui generis* son las prosas ensayísticas de estos tres autores. Es, asimismo, indudable que, en los tres, el trabajo de la imaginación es el que ha conferido a sus ficciones el valor que la crítica unánimemente les ha reconocido.

De los tres, Sábato es el único que no tiene una obra poética independiente de sus escritos en prosa, pero que ha sabido poetizar nos lo dicen algunos de los poemas que aparecen incorporados a su novela *Abaddón, el exterminador*, reveladores de una sensibilidad poética poco común que, probablemente, él no ha querido exponer al escrutinio público en su totalidad por no ser ése —quizá— el género que siente como su vehículo más natural. Interrogante éste que la copiosa crítica sobre Sábato no se ha planteado todavía.

En estos tres creadores es igualmente inseparable la prosa de ficción de la de pensamiento que ilumina, por así decir, lo que las ficciones expresan en términos casi siempre metafóricos. Por ello abarcar la totalidad de la obra sabatiana es proponerse una suerte de alquimia de vasos comunicantes, ya que en Sábato es imposible separar los ensayos de las novelas. Es más, yo diría que para gustar a fondo las tres novelas uno debe adquirir primero el conocimiento de las ideas que él vino expresando en ese *corpus* ensayístico, cuyo primer ejemplar —*Uno y el universo*— data de 1945. En Sábato —como en Borges y Cortázar— la ficción y la prosa discursiva forman un *continuum*. Sus ensayos y sus narraciones emanan de un mismo sistema de ideas obsesivas.

En Ernesto Sábato, esos temas e ideas obsesivas alrededor de los cuales giran sus novelas, como sus ensayos, y que han condicionado toda su conducta, tanto la del escritor cuanto la del hombre, son una profunda preocupación existencial por el ser humano, por la creación literaria y por la Argentina, país

que jamás ha abandonado, aun en los momentos más difíciles de su historia. Y si en los ensayos los textos en los que Sábato discurre sobre estas obsesiones se dan separados, en las obras de ficción ellas aparecen unidas en ceñida síntesis.

El escritor y sus fantasmas (1963) es un libro de singular importancia *vis-à-vis* la ficción sabatiana, ya que está exclusivamente dedicado a la discusión de la creación literaria y a lo que podemos denominar su "poética" de la novela. Como, por otra parte, él percibe la novela como la única forma literaria —aparte del drama— en la cual la realidad puede ser mostrada en vivo a través de metáforas con una fuerte carga metafísica, él explica en este libro —y se explica a sí mismo— qué es la ficción y cómo se elabora; esto es, cuál es el misterio del acto creativo. Sábato ha sido siempre un artista que, con gran sufrimiento, ha exorcizado los fantasmas de su imaginación en formas novelísticas. El formato de *El escritor*, de *cahier* dividido en tres partes —"interrogatorio preliminar", "Las letras y las artes en la crisis de nuestro tiempo", "Variaciones sobre el mismo tema"—, es lo primero que atrae al lector, quien se siente involucrado en una conversación casi de sobremesa con el autor. A esta sensación contribuyen las usuales y ostensibles fórmulas paradójicas y epigramáticas con las que Sábato resume sus ideas en impactantes finales. Paulatinamente el lector va comprendiendo que la novela es un universo, una realidad que emana de un Yo síntesis de lo subjetivo y lo objetivo, y que el artista es un ser humano singular, puesto que él es el único que puede escapar a la influencia de la sociedad "tecnolátrica" que nos rodea y aplasta. Y ello porque ese ser tan especial es una mezcla de razón masculina y de intuición femenina (*Heterodoxia*, 1953). Es lícito repetir aquí y ahora que Sábato siempre ha visto en la novela una búsqueda del hombre, una dilucidación del sentido de la vida, y que para él la literatura debe ser ética y metafísica, "problemática", particularmente en un país como la Argentina, en donde el sentimiento de finitud y transitoriedad es casi congénito. Publicado un año después de la aparición de *Sobre héroes ...*, *El escritor y sus fantasmas* permitió que el público y los críticos recalcitrantes entendieran las ideas sobre las que Sábato sentaba su construcción ficcional, amén de recibir sesudas interpretaciones acerca de la obra de Borges, Arlt, Lugones, de la literatura argentina como problema y del carácter de dicha literatura.

Apología y rechazos (1979), es una colección de siete textos de los cuales cuatro son de singular interés ya que discuten problemas contemporáneos de cultura y de política Argentina, especialmente "Nuestro tiempo del desprecio" y "Censura, libertad y disenso". Téngase en cuenta que, el primero de los artículos citados, había sido escrito en 1976 para ser incluido en una obra colectiva titulada *Pensar la República*. El segundo es el texto formado por las respuestas que Sábato dio a un cuestionario de la periodista Odile Baron Supervielle para el periódico *La Nación* de Buenos Aires. Allí apareció el 31 de diciembre de 1978, durante la plena vigencia del fatídico "Proceso" militar. En ambos artículos Sábato examina la situación política argentina desde 1973 (i. e., desde el regreso de Perón) en términos francos, sin concesiones, haciendo gala de una valentía que podía en esos momentos haberle sido fatal.

Significativamente, Sábato usa como uno de los epígrafes a “Nuestro tiempo del desprecio”, las palabras que Albert Camus había pronunciado en su discurso de aceptación del Premio Nobel:

... el escritor puede encontrar el sentimiento de una comunidad viva que lo justificará, a condición que acepte, en la medida de sus posibilidades, la dos tareas que constituyen la grandeza de su oficio: el servicio de la verdad y el servicio de la libertad ...

Cualesquiera que sean nuestras flaquezas personales, la nobleza de nuestro oficio arraigará siempre en dos imperativos difíciles de mantener: la negativa a mentir respecto de lo que se sabe y la resistencia a la opresión¹.

Si estos dos libros de ensayos pueden ser tomados como epítome de las preocupaciones de Sábato, ellos demuestran, además, la amplitud de los intereses de este autor, su iconoclasia, su complejidad y la riqueza de su pensamiento.

Y si de ellos uno salta a las novelas se encuentra —en *El Túnel* (1948)— con el carácter mórbido de un personaje cuyos procesos mentales absorben por completo al lector y lo confrontan con la misma búsqueda existencial, infinita y obsesiva, que habían mostrado libros tales como *Hombres y engranajes* y *Heterodoxia* (1951 y 1953, respectivamente), especialmente en lo que respecta a las tres obsesiones dominantes en esta *nouvelle*: el cuestionamiento del amor como pasaje hacia lo absoluto y como antídoto contra la soledad. *Sobre héroes y tumbas*, de 1961, presenta un mundo ficcional ampliado y una mayor variedad de lenguajes y técnicas narrativas. A la subjetividad de los personajes, captada en profundidad, se suma en este libro la presentación de diferentes niveles psico-sociales, históricos, culturales y simbólicos que configuran un verdadero mural de la moderna Argentina. Sin embargo, el libro nunca pierde su universalidad puesto que su interés descansa en su examen intemporal de la condición humana. Libro estructurado escrupulosamente, *Sobre héroes* es una síntesis de la desbordante imaginación surrealista de Sábato y de su pensamiento especulativo. El resultado ha sido una vasta sinfonía verbal que traduce en términos ficcionales el “Yo” y el “Id”, el ser humano y sus máscaras, así como también la mente colectiva de una nación, su presente, su héroes y su historia (sus tumbas). El famoso “Informe sobre ciegos”, tercera parte de la novela, una obra completa en sí misma, es una objetivación alucinatoria de una superrealidad. En ese mundo narrado no hay fronteras entre el mundo exterior-objetivo y el interior-subjetivo. No hay línea divisoria entre los estados oníricos y la vigilia, entre la alucinación y la cordura, entre la locura y la sabiduría. En el “informe” (como en la filosofía surrealista) esos misteriosos estados de insanía y de pesadilla son precisamente los que despiertan en el personaje una mejor comprensión de su realidad interior mientras que, al mismo tiempo, revelan

¹ *Apologías y rechazos*. Barcelona: Seix Barral S. A., 1979, 109.

nuevas e insospechadas facetas de una más ancha y rica verdad externa, aunque esto resulte más tenebroso y fatal. El descenso de Fernando Vidal a las cloacas de la "Secta", descenso místico aunque sacrílego, es una forma de cognición, un supremo conocimiento de sí mismo y, a través de ello, de los inescrutables designios de la existencia. Aparte de su artísticamente ajustada construcción, de la desbordante imaginación que envuelve como en una vorágine al lector de "El informe", el centro de gravedad de *Sobre héroes* reside en su riqueza conceptual y episódica que hace de la novela una suerte de compendio. Y fue precisamente esta novela monumental la que colocó a Sábato en la categoría de "novelista mayor" del siglo XX, ganándole premios y lectores extranjeros y juicios tales como el de James Miller —"A stunning symphony of dissonant themes— a Gothic dirge, a hymn to hope, a tango in hell"², o este atributo que Maurice Nadeau estampó en *La Quinzaine Littéraire*: la segunda novela de Sábato es un "mäelstrom".

En los ensayos de Sábato un tema mayor es el de la fragmentación de la experiencia humana entre lo racional y lo irracional, debiendo ambas facetas ser exploradas simultáneamente. Esta dual percepción de la realidad, lo compelió a crear un mundo ficcional que reflejara esta paradójica naturaleza de la vida. Así arribó Sábato a *Abaddón, el exterminador* (1974), una "escatología gnóstica"³, una búsqueda para aprehender la verdad existencial del hombre y su destino en el universo. Pero en esta hasta ahora su última novela (que mereció en su país el Gran Premio de Honor de la SADE), el viaje iniciatorio está realizado por el autor mismo, por Sábato, como otro personaje más de la novela, emanado del alma del artista, como un héroe loco que cohabita con sus propios *doppelgängers* a fin de penetrar más profundamente en el gran misterio de la vida. Sábato se ha vuelto, pues, su propia víctima propiciatoria para demostrar que las siniestras profecías del *Apocalipsis 9: 11* están a punto de convertirse en realidad, y que el Bello Angel Demoníaco, Abaddón, va a terminar con nuestra civilización materialista para renovar la raza humana por medio del aniquilamiento. Sábato, como Mircea Eliade, cree en un nuevo principio para el ser humano, principio que reestablecerá el orden divino.

En el proceso artístico de Sábato, cada nueva novela se ha desarrollado sobre la base de la precedente, hasta con sus mismos personajes, en una suerte de relación incestuosa. Cuando Sábato aparece en *Abaddón* como personaje, sus lectores se transforman en testigos presenciales de su sangriento combate con la creación literaria. Pero no debiera decir Sábato-personaje porque Sábato vive en las páginas de esta novela en forma plural, apareciendo bien con su nombre completo, o bien sólo con la inicial S. El primero parecería designar al escritor mezclado en las peripecias de la novela como uno de sus personajes más

² James Miller, "Tango in Hell", *Newsweek*, Sept. 21, 1981: 103-104.

³ Salvador Bacarisse, "Abaddón, el Exterminador: Sabato's Gnostic Eschatology". *Forum for Modern Language Studies* (Scotland), XV, 2 (April 1979): 184-205.

delirantes, lo cual lo distancia del hombre de carne y hueso. S. parece responder al yo temperamental de Sábato, con sus fantasmas y creencias parapsicológicas, y con su constante discusión de sus personales obsesiones. Hay ocasiones en que el personaje es llamado "el Maestro", en evidente referencia al alquimista que realiza estas permutaciones de su propia personalidad. Pero existe en la novela otro personaje singularmente elusivo —R—, lo más profundo de la personalidad autorial que aparece en momentos críticos de la novela. Esta *doppelgänger* preside toda la novela aunque raramente se lo menciona y, cuando se lo hace, es de modo muy impreciso. La crítica ha especulado sobre el significado de esa letra —Rojas (el lugar de nacimiento de Sábato), renacimiento, recuerdo, redescubrimiento— palabras todas significativas en el contexto de la novela y necesarias para su comprensión. Sin embargo, lo que *Abaddón* explora más a fondo de lo que lo hicieron los ensayos o las otras dos novelas, no es sólo la fragmentación de la realidad presentada en términos del conflicto entre opuesto (cf. *Heterodoxia*), sino la necesidad de armonizar esos opuestos. Si en las previas novelas los personajes evidenciaban las usuales dualidades sabatianas, en *Abaddón* estamos —en todos los niveles y en cada página— en el dominio, a la vez, de lo nocturno y lo diurno, del lenguaje discursivo y del metafórico, ficcional (ambos discutidos en *Heterodoxia*), de la tragedia y la parodia, y en el mundo real *versus* el imaginario. Los elementos negativos, tenebrosos, irracionales dan cuenta de un desorientado Sábato-protagonista, una impotente criatura confrontada con un mundo absurdo, contradictorio, dislocado. De ahí los desdoblamientos, i. e. los intentos para entender, desde diversas perspectivas, la confusa realidad. Pero junto a esto, las teorías, los análisis, las explicaciones, es decir, todo cuanto es positivo, claro, racional. Dado que el libro contiene, además, conversaciones, entrevistas, confesiones, poemas (de Sábato y otros), notas periodísticas, fragmentos de cartas, la crónica lírica de la muerte de Che Guevara concebida —como la marcha de Lavalle en *Sobre héroes*— como un contrapunto ilustrativo de las convicciones del autor (en este caso, el mismo ideal del *hombre nuevo* que Guevara intentó realizar por medio de la violencia)⁴,

⁴ En 1970, la editorial Losada de Buenos Aires, publicó dos volúmenes con las obras completas de Sábato hasta ese momento. En el volumen dedicado a los ensayos (*Obras. Ensayos*) aparecen dos textos que tienen relación directa con *Abaddón*: me refiero a "Homenaje a Ernesto Guevara" y a "Una teoría sobre la predicción del porvenir". En el primer caso, el lector, a poco que tenga alguna información sobre Sábato, sabrá de su juvenil adhesión al comunismo y de su subsiguiente apartamiento de esa ideología. Podría parecerle, pues, paradójico un homenaje al casi mítico revolucionario. No obstante, no hay en ello ninguna contradicción, porque lo que une a estos dos hombres es un "romanticismo anárquico", una suerte de idealismo utópico que en ambos casos supone una rebelión contra dogmas inhibitorios y la elección, hecha por uno, de la lucha armada y, por el otro, del testimonio y la denuncia por el ejercicio de la palabra. De igual manera, el otro ensayo —"Una teoría sobre la predicción del porvenir"— se explica y encarna en la páginas de la novela y puede ser usado como instrumento hermenéutico en el desciframiento de su significado.

Abaddón puede muy bien ser entendida como una *Summa*, pero con una nueva vuelta de tuerca: aquí es el autor mismo quien es cuestionado, satirizado, vejado y perdonado por sus propios personajes-torturadores. Se le permite inclusive una dolorosa *vía crucis*, con lo que el libro resulta ser, a la vez, una catarsis y un exorcismo de los fantasmas personales de Sábato. La novela produce una artística impresión de desorden, particularmente porque cada una de las 114 'entradas' de la segunda parte, lleva un encabezamiento de frases fragmentadas. Parecen, pues, notas que la casualidad ha reunido. Sin embargo, lentamente el rompecabezas comienza a enseñar su bien rigurosa estructura, menos aparente que la de las otras dos novelas, pero mucho más compleja. El lector que conoce a fondo la obra de Sábato no puede dejar de reconocer una técnica cuya primera tímida aparición se dio en *Uno y el universo* y a la que el escritor regresó en los otros dos textos ensayísticos que siguieron al inicial. El sistema de vasos comunicantes en la obra sabatiana se da, pues, no sólo entre ensayos y novelas, sino que en las novelas el sistema de una está presente en la que la sucede, aunque en una forma harto más compleja y enriquecida en sus temas, ideas y galería de personajes.

Lo que resulta singular, teniendo en cuenta la naturaleza apocalíptica de la última novela de Sábato —*Abaddón*—, es el hecho de que ahora que Sábato ha dejado de escribir debido a problemas con su vista, le haya tocado ser el artífice de uno de los textos más tremendos en las letras de su país y del mundo. Me refiero a *Nunca más*, el informe de la comisión que él presidió —a pedido del Presidente Alfonsín— para investigar la tragedia de los 'desaparecidos' argentinos. Es como si el apocalipsis del Ángel del Abismo de su última novela, hubiera asolado su país, como si hubiera exterminado los héroes que Sábato echó a andar en *Sobre héroes* y hubiera sembrado de tumbas sin nombre cada rincón de aquella tierra que parecía de promisión. Sólo el poderoso intelecto y la entrañable pasión de que este escritor singular está dotado, pudieron sostenerlo en una tarea en que, como sus protagonistas Fernando o Sábato, ha debido descender a las más pestilentes cloacas del ser humano.

En todos sus textos —novelas y ensayos— Sábato se ha volcado íntegramente. Páginas antidogmáticas, testimoniales y de denuncia, actuales, en que confluyen armónicamente una imaginación desbordante, torturada, la indagación cognoscitiva y especulativa, una extrema sensibilidad y una pasión "visceral" en el desarrollo de sus temas, la obra de Sábato ha significado una revitalización de los sendos géneros en que sus ideas han tomado cuerpo. Y cuando, después de leída la obra, se piensa en la vida de quien la llevó a cabo, cuando esa vida se vuelve señera en un país que ha atravesado la crisis moral más importante de su historia, se comprende hasta qué punto cuando se lee a Sábato uno "esperaría hallarse con un autor y se encuentra con un hombre", como tan sabiamente lo afirmó hace ya mucho tiempo Pascal.